

“ JORGE
BUSTOS

LA POLÍTICA ES UN CUEN- TO HECHO PARA UN PÚBLICO IN- FANTILIZADO”

“¿Por qué hacer un libro de viajes, que es el relato más simple que hay? Si viajar se convirtió en una baratija antes de la pandemia...”, se pregunta el redactor jefe de Opinión de EL MUNDO sobre su nuevo libro, ‘Asombro y desencanto’. La respuesta está en el viaje interior tras el itinerario narrado

POR LUIS
ALEMANY MADRID
FOTOGRAFÍA: JOSÉ AYMÁ

— SOMBRO Y
‘A desencanto’, el quinto libro del periodista Jorge Bustos (Libros del Asteoride), suena a obra atemporal desde su título, desde su portada con una foto del Mont Saint-Michel virada al verde. El texto hilvana dos viajes en coche: uno de trabajo, por los pueblos que recorrió Quijote, y otro por Francia, desde la frontera vasca hasta Normandía. En principio, parece que los dos viajes son un juego de espejos que da nitidez a la imagen de España, un tema clásico del redactor jefe de Opinión de EL MUNDO. En el fondo, el texto es algo más íntimo. En la carretera, el narrador aprende a vivir más libremente, como en todos los libros de viajes.
P. Juan Benet escribió sobre una clase teórica en la mili. Un sargento les explicaba

qué era la patria con muchas florituras. Acababa la clase y preguntaba. «¿Habéis entendido?».
Respuesta de la tropa: «No». Y el sargento decía: «Mirad, ¿a vosotros no os pasa que oís hablar en francés y os da muchísima rabia? Pues eso es la patria».
R. Para alguien como yo, viniendo de donde vengo, la relación con Francia no es natural, viene cargada de prejuicios. Ni mucho menos es la relación que tuvieron nuestros padres. En ciertos ambientes de educación conservadora, parece que la construcción de la identidad española se hace por oposición a Francia. Es una cosa estúpida pero aún funciona. Sólo hay que ver cuando Vox habla con desprecio de «los gabachos», y eso que el Frente Nacional les ayuda. Este libro va también de eso, del anhelo de confrontarme con mis prejuicios y mis complejos a través de una experiencia con la realidad francesa y con la española.
P. Con la realidad y con la literatura también.
R. La primera parte del libro tiene a Azorín por patrón y es una revisión de lo cervantino, de lo castizo. Madariaga fue otra referencia del libro por sus estudios de los caracteres colectivos. En parte son muy ingenuos pero a la vez muy evocadores, muy divertidos para confrontarlos con la realidad de hoy. La segunda parte del libro, la de Francia, sigue a Pla en la idea de volver a la realidad de las cosas mismas, concretas, y deshacerse del equipaje que sobra. El libro nace de un

hartazgo.

P. ¿Sobre qué?

R. De momento el cuerpo aguanta pero mi vida es un poco dispartada por el grado de exposición. Me paso el día generando opiniones sobre sucesos que caducan a las dos horas y preparándome para la siguiente toma de postura sobre hechos que nos alejan de la realidad en vez de acercarnos a ella. Suena un poco pomposo, pero sentí un alivio real al cerrar el ordenador y salir a los mismos pueblos de La Mancha recorridos mil veces con un cuaderno y esa sed de cosas concretas, que decía Pla. De la comida, de la bebida, del paisaje, de la historia que está detrás.

P. A mí me pesó más la parte de viaje íntima del libro: el personaje que conquista un sentido de la ironía cervantina, que no es satírica sino que consiste en verse a uno mismo con distancia y al mundo con un escepticismo amable.

R. Siempre hay un viaje interior. Aquí es evidente, incluso es una confesión casi explícita en el último capítulo, cuando hablo de mi afrancesamiento. Si mañana uso la palabra afrancesado en un artículo habrá lectores que se revuelvan. Es una paletada castrante, pero es más habitual de lo que parece. Como si no se pudiera aceptar que, en Francia, la industria literaria, la educación pública, la formación de los políticos o el urbanismo son mejores que en España. Eso no debería abrir una grieta en nuestra autoestima nacional y si lo hace, es que estamos muy mal. Es verdad que este libro cuenta una conquista de cierto espíritu laico, no volteriano ni arrogante y sí liberador. Me despojo de cosas antiguas con las que fui criado. Y acepto una especie de radicalidad tranquila, un liberalismo antidogmático, abierto, escéptico. El lector percibirá un cambio biológico y psicológico: hay cuatro años entre los dos viajes. El que yo era en 2015 tenía una mirada más ingenua. El de 2019 está más baqueteado, pero también es más libre en su desencanto. Está en paz.
P. Es atractiva esa idea de la ironía buena de Cervantes.
R. Pero para eso hace falta vivir 50 años de putadas. Es la genialidad de Cervantes: Cervantes tendría que haber escrito como Quevedo con



“ PARECE QUE
LA IDENTIDAD
ESPAÑOLA
SE HACE POR
OPOSICIÓN A
FRANCIA. ES UNA
COSA ESTÚPIDA”

“ PARA HACER
ESTE LIBRO
ME AISLÉ EN
GREDOS. FUE DE
LOS MOMENTOS
MÁS FELICES
DE MI VIDA”

“ EN 2015 TENÍA
UNA MIRADA MÁS
INGENUA. EN 2019
ESTABA MÁS
BAQUETEADO,
PERO TAMBIÉN
MÁS EN PAZ”

la vida que le tocó. Y, sin embargo, tras una vida miserable y consciente de que su talento había sido despreciado, no escribió una venganza como hizo Rousseau. En alguna época tuvo la esperanza de medrar, pero no le salió. Y se quedó entre la gente y desarrolló una mirada compasiva hacia sus criaturas.

P. De joven fue un orgulloso matamoros. Hizo el mismo viaje desde el dogmatismo al escepticismo.

R. En realidad, conservó una parte de orgullo por combatir en Lepanto. El Quijote se ríe de la épica militar, pero reivindica Lepanto cuando lo saca. Por eso Cervantes conquistó la ironía moderna, porque entendió que las cosas en

las que creía no valían gran cosa y que la verdad profunda estaba en la humanidad de las personas.

P. ¿Y qué se hace luego con esa ironía bondadosa ante el gran teatro del mundo?
R. Llegaré a un punto de fisión, supongo. De momento, mi cuerpo aguanta pero mi vida es un disparate. Opino en un radio a las siete y media cada mañana y hay días que entro también a las once de la noche. En medio, siete horas en el periódico, algo de televisión... Para hacer este libro me fui a la Sierra de Gredos, encerrado y desconectado, con una llamada por las noches y una comida al día. Y fue uno de los momentos más felices de mi vida. No voy a caer en la presunción de



periódicos o la carrera del poder mediático. ¿Dónde estoy? En este libro me digo que quiero ser escritor.

P. Habla del malestar con el material de trabajo político...

Pero hay personajes muy atractivos. Y el ritmo narrativo es excelente.

R. Como teatro es maravilloso. La política ha superado al fútbol como entretenimiento de masas.

“

LA POLÍTICA
ESPAÑOLA
NO TIENE MÁS
SUSTANCIA QUE
LA DECADENCIA
Y EL INDIGNANTE
DESPRECIO”

“DE MOMENTO,
EL CUERPO
AGUANTA, PERO
MI VIDA ES
UN DISPARATE
POR EL GRADO
DE EXPOSICIÓN”

“PABLO IGLESIAS
NO VA A MADRID
A LUCHAR
CONTRA
EL FASCISMO. VA
A QUE PODEMOS
NO MUERA”

Amigos míos que tenían un desapego político creo que sano ahora consumen política compulsivamente, como una ficción adictiva.

Porque todo es ficción.

Iglesias no viene a Madrid a luchar contra el fascismo.

Viene a que Podemos no desaparezca allí donde nació y por escapar de un Gobierno en que era ninguneado. Tampoco

Ayuso tiene la misión de salvar la libertad en una nueva Venezuela en la que nos van a robar los pisos.

Son relatos. Cuando los *spin doctors* hablan de «relato» no usan una metáfora.

Buscan crear un cuento verosímil para un público tonto e infantilizado al que desprecian. Y con razón, porque el público se toma la política como un *reality*.

Para el público la política es *La isla de las tentaciones*.

Cuando voy al Congreso me siento como un crítico de teatro. Los mejores políticos son los mejores actores y el más cínico es el de más éxito. En algún caso sale bien lo de encarnarse a sí mismo: el alcalde de Madrid ha hecho un buen personaje con el tío campechano, majo, transversal. Se muestra como es. Pero es una excepción.

decir que este libro va a durar, pero no caducará esta noche porque tal político haga algún anuncio. Y Francia sí va a durar. Igual que España.

P. Estoy seguro de que si fuera redactor jefe de *Le Figaro* sus frustraciones serían iguales. Además, sospecho que la política francesa lleva más años creando personajes más teatrales que los de España.

R. Me imagino que sí. Lo que pasa es que la política española no tiene más sustancia que una lenta decadencia, un indignante desprecio de sus deberes con los ciudadanos. Y eso solo da para unos tuits, o una columna. Gistau me dijo cuando empecé de redactor jefe que tenía dos caminos: el de escritor de